

Selección de cuentos
Rebozo de Cuentos

Pascuala Corona
Para niños

Para el concurso de dibujo convocado por la
Dirección General de Bibliotecas

Julio-Agosto, 2021

Pascuala Corona (1917-2015). Semblanza

Mi nombre es Teresa Castelló Yturbide. Nací en la ciudad de México un 21 de marzo de 1917, día de la primavera. Se puede decir que nací entre libros y personas que los amaban.

Mi padre hablaba varios idiomas y se interesaba por la historia, mi madre por la poesía. Así aprendí lo mismo las fábulas españolas, las francesas y los cuentos en verso del colombiano Rafael Pombo.

Mi nana Guada, Guadalupe Piza, empezó a enseñarme las primeras letras con unos dados de madera que tenían mis hermanos con los que hacían castillos. Miss Kitty Fritz Patrick, una institutriz irlandesa me enseñó a leer, escribir y memorizar *Las Rimas de Mamá Gansa*.

Pero quizá la mayor influencia en mi formación de cuentera fue la nana de mi mamá y de mis tíos, quien vivía en casa de mi abuela: Pascuala Corona, a quien de cariño llamábamos *Cualla* o *Cuallita*. Ella había nacido en Pátzcuaro, donde había la costumbre de llamar a las cuenteras para entretener a los niños bien portados como premio. Les pagaban 20 centavos por cuento y un centavo por adivinanza.

Por esa nana me aficioné a los cuentos y por ella, cuando empecé a escribirlos y reescribirlos elegí el seudónimo de Pascuala Corona, como un homenaje a su memoria.

El Fondo de Cultura Económica editó *El Pozo de los Ratones*, una recopilación de varios de mis cuentos, que después retomó la Editorial Norma con el nombre de *Baulito de Cuentos contados por Pascuala Corona*.

En los últimos años con mi querida amiga Cristina Urrutia, en su valiosa editorial Tecolote, iniciamos la colección *Por Memoria*, donde se han publicado *Las Piñatas Mágicas*, *La Leyenda de la China Poblana* y *Mi Abuela Romualda*. Obras que tienen, como todo el trabajo que he hecho a lo largo de mi vida, la intención de conservar lo mexicano, recogido durante mis noventa años.

El señor don gato

Estaba un gato
sentado en su sillita de palo
con el zapato picado
y un sombrero a la francesa.
Llegaron cartas de España
que si quería ser casado
con una gata morisca
de copete colorado.
El gatito, de contento,
se subió por un tejado
y se rompió tres costillas
A las doce de la noche
ya el gatito había expirado.
Las gatas de pesadumbre
Se revuelcan en la lumbre,
Los ratones de contento
Se visten de colorado
Ya murió señor don gato,
ya lo llevan a enterrar
entre cuatro zopilotes
y un ratón de sacristán.
Ton, tolón,
muerto lo llevan en un cajón;
como el cajón es de palo,
muerto lo llevan en un caballo;
como el caballo es tordillo,
muerto lo llevan en un castillo;
como el castillo es de fuego,
muerto lo llevan en un borrego;

como el borrego es de lana,
muerto lo llevan en una cama;
como la cama es de aceite,
muerto lo llevan a San Vicente;
San Vicente está cerrado,
sale el diablo a repicar
y les da de merendar
guajolotes en conserva
y lagartijas en pipián.

Corona, P (1992). *El señor don gato* (24 pp.). México Petra Ediciones S.A de C.V

La Frasterita (La forastera)

Ésta era una huerfanita sin su padre y sin su madre...La llamaban Frasterita y vivía arrimada con una señora muy rica que tenía dos hijas feas y de mal corazón. La Frasterita era muy buena y bonita, así que las otras dos niñas le tomaron mala voluntad.

Con el tiempo, la señora se volvió ciega y la Frasterita era la que la ayudaba en todo; la vestía, le daba de comer en la boca, le servía de lazarillo y en las noches hasta la arrullaba. Con esto, la cieguita comenzó a tomarle tanto cariño que sus hijas verdaderas, envidiosas de la niña, buscaron la manera de deshacerse de ella. Para esto, un día que la Frasterita había ido por el mandado, las hijas le dijeron a su madre:

–Mire, mamacita, ¡cómo es la Frasterita de mala! Ella sabe de un agua maravillosa que tiene la virtud de devolverles la vista a los ciegos y no se la ha querido dar. ¿Cómo no se la pide ahora que venga?

Y así lo hizo la señora; luego que volvió la niña del mercado le pidió el agua; pero como la pobre de Frasterita ni la conocía no se la pudo dar. Entonces la ciega le dijo:

–Pues si no la tienes, ve a buscarla, y no regreses sin ella.

La Frasterita muy triste, se fue al campo; en el camino iba preguntando a toda la gente que se encontraba por ese remedio maravilloso, pero nadie sabía darle razón. Así andando preguntando llegó a un jacalito muy pobre donde una ancianita estaba regando unos malvones; la niña le preguntó por el remedio y la viejita le dijo:

–Mira, buena niña, yo no sé dónde podrás encontrarlo, pero tal vez te pueda ayudar. Toma esta bolita de hielo; coge la punta del hielo con tu mano y arroja la bola lo más lejos que puedas; por donde corra la bola, vete andando y cuando se te acabe levanta la cabeza; allí encontrarás quien te ayude. Vete y anda con Dios.

La Frasterita, muy agradecida, se echó a andar tal y como le había dicho la vieja, caminando tras el hilo. Así llegó al pie de un árbol, y al levantar la cabeza se encontró con un pájaro muy bonito que tenía a modo de peineta un copete de plumas color de rosa.

–¿Qué quieres, buena niña? –le preguntó el pájaro al verla.

–¿Qué he de querer? –le contestó la niña, imagínate que la señora con quien vivo arrimada, mal aconsejada por sus hijas, me ha mandado a buscar agua maravillosa para curarse la vista, pues

la pobre está ciega, y me dijo que no regresara sin ella; pero por más que he buscado no la he podido encontrar.

–No te apures por eso –le dijo el pájaro–, mira, coge un jarro y vete a la Loma Parda que se ve desde tu casa; allí llama a mis hermanos, diciendo:

*Pajaritos de Andriola,
venid a llorar,
que el Rey, vuestro Señor,
se quiere casar.*

“Entonces los pájaros se pondrán a llorar. Junta en el jarro las lágrimas, que con eso se curara la cieguita.”

Frasterita se despidió del pájaro y muy agradecida se fue a la Loma Parda con el jarrito y dijo:

*Pajaritos de Andriola,
venid a llorar,
que el Rey, vuestro Señor,
se quiere casar.*

Al punto se aparecieron miles de pájaros, llorando tanto, que llenaron con sus lágrimas el jarro hasta desbordarlo.

La niña llevó el remedio a la ciega, que tan luego como se los puso se curó como por encanto. Con esto la señora quiso a la Frasterita todavía más que antes ¡y las niñas feas más mala voluntad!

Con el tiempo llegaron los fríos y a la señora se le antojó una almohada, pero por más que buscó todas le parecían duras. Entonces las niñas envidiosas le dijeron:

–Mire mamacita, la Frastera tiene unas plumas tan finas que pesan menos que el viento, pídaselas, pues con ellas hará usted una almohada más suave que ninguna.

Llamó entonces la señora a la niña y le dijo:

–bueno es que seas un poco agradecida. ¿No ves que aquí te damos todo? Veme dando la pluma que tienes guardada, pues la necesito para hacerme una almohada.

La Frasterita le dijo y le volvió a decir que ella no la tenía, pero la señora no le quiso creer y la volvió a mandar al campo por la pluma. Así que la niña no tuvo más remedio que obedecer. En el camino iba pensando y diciendo:

–Ánimas y encuentre a la viejita –y como Dios protege siempre a los niños buenos, volvió la Frastera a encontrar a la anciana regando sus macetas.

–¿Qué te trae por aquí, mi prenda? –le preguntó la vieja.

La Frasterita le contó lo que le pasaba y la anciana le regaló otra bola de hilo. Y allí va la niña jugando y corriendo tras del hilo hasta que llegó donde estaba el pájaro.

–Me alegro de verte bueno –le dijo la niña al saludarlo–. Ahí tienes que ahora me piden pluma para una almohada y no sé dónde encontrarla.

–Yo te ayudaré –le contestó el pájaro–, vete otra vez a la loma Parda y llama a mis hermanos diciéndoles:

*Pajaritos de Andriola
venid a desplumar
que el Rey, vuestro Señor,
se quiere casar.*

“Y luego que lleguen apara en tu delantalito toda la pluma que se sacudan.”

Frasterita se despidió del pájaro, se fue a la Loma Parda y dijo:

*Pajaritos de Andriola
venid a desplumar
que el Rey, vuestro Señor,
se quiere casar.*

Al punto se parecieron muchos miles de pájaros que comenzaron a sacurdirse tantas plumitas que pronto, pronto, llenó la Frastera su delantal de plumas de todos colores. Entonces se las llevó a la señora para que hiciera su almohada que quería; con eso la niña se la granjeó más y las niñas feas le tomaron todavía más mala voluntad, has que un día le dijeron a su mamá:

–Mire mamacita, la Frastera dice que tiene un palacio de cristal que se hace chiquito y se hace grandote; dígale que nos lo enseñe.

La señora llamó luego a la Frastera y le dijo:

–¿Cómo es que no me habías dicho que tenías un palacio de cristal que se hace grande y se hace chiquito?

La niña le contestó que no lo tenía, que ni siquiera lo conocía, entonces la señora le dijo:

–Anda, vete a traérselo a mis hijas y no regreses sin él.

La niña se puso en camino en busca de la viejecita y esta vez se la encontró también regando sus malvones y al saber lo que pasaba a la niña, volvió a darle otra bola de hilo, pero esta le dijo:

–Lo que ahora te piden es mucho más difícil; de todos modos ve con el pájaro y dile lo que te pasa. En caso de que te diga que no te puede ayudar, arráncale el copete de plumas color de rosa que de algo te ha de servir.

La niña se despidió y se fue tras del hilo buscando al pájaro, temiendo que esta vez no pudiera sacarla del apuro y así pensando llegó al árbol donde estaba y después de saludarlo le contó lo que le pasaba.

–¡Ay de ti, buena niña! –le dijo el pájaro–, ahora sí que no podré ayudarte.

Entonces la niña, sin darle tiempo a que dijera más, le arrancó el copete de plumas color de rosa. Y ¿qué creen ustedes que pasó? Pues que el pájaro, de pájaro que era, se convirtió en un hermoso príncipe que le habló a la Frasterita de esta manera:

–Buena niña, una bruja nos tenía convertidos en pájaros a mí y a todos mis súbditos, pero tú al arrancarme el copete nos has desencantado a todos. ¡Qué mejor podría yo desear sino que te casaras conmigo!

La Frasterita le dijo que sí quería, pero que antes tenía que irle a dar la razón a la señora con quien vivía arrimada, pues ella era huerfanita.

Y ahí van el príncipe y la niña seguidos de los pajaritos que habían dado sus lágrimas y sus plumas y que ahora, gracias a la niña, habían recuperado su forma humana.

Cuando llegaron a la casa donde vivía la huerfanita, las niñas feas salieron a recibirla con garrote en la mano y luego que la tuvieron cerca le dijeron:

–Danos pronto el Palacio de Cristal que se hace chiquito y se hace grandote; si no, te moleremos a palos.

–Eso sí que no, dijo el príncipe saliendo detrás de un árbol donde se había escondido–, ¡nada de golpes!, el palacio de cristal aquí lo traigo en la mano –y diciendo esto lo lanzó a la Loma Parda, allí comenzó a crecer y a crecer hasta que las torres se perdieron entre las nubes. Y el príncipe siguió hablando:

–¿Ven el palacio? Pues allí voy a vivir con la Frastera, que va a ser mi mujer. ¡Ustedes no entrarán en él, ni de visita, por envidiosas y malvadas!

Y el príncipe se casó con la Frastera, tuvieron muchos hijos y fueron muy felices. Y vamos a que cuentan que el palacio de cristal que se hace chiquito y se hace grandote, se aparece todavía de cuando en cuando por donde ustedes menos se lo esperan, lo mismo que la ancianita de los malvones, que era el hada Merliga.

*Que a los buenos ayuda
y a los malos castiga.*

SAN MIGUEL DEL MEZQUITAL, ZACATECAS
Pititos (Beatriz)

Corona, P. (2003). *Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona* (p.47-55). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones S.A. de C.V.

El tamborcito de cuero de piojo

Érase que se era un Rey muy compadecido que gustaba de saber en qué condiciones se hallaban sus súbditos; para lograrlo, hablaba de tiempo en tiempo con los habitantes del reino.

Un día quiso recibir a los pordioseros.

Entraron juntos a la sala del trono y uno de ellos habló en nombre de todos y dijo:

—Socórrenos, buen Rey, por el ángel de tu guarda, por el santo de tu nombre; mira que los fríos están muy fuertes y no tenemos donde dormir.

El rey les ofreció un troje muy grande, de ésas que hay en los ranchos para guardar la semillas, para que les sirviera de refugio, con eso los pordioseros se retiraron muy agradecidos.

Ahí tienes que entonces el Rey se fijó en un animalito muy curioso que corría de un lado a otro sobre el tapiz de uno de los sillones.

—Mis guardias – dijo -, vengan a decirme qué animal es éste

Pero los guardias se miraban unos a otros sin atreverse a contestar. Llegó en eso el mayordomo de palacio de y le dijo:

—Perdone, su Majestad, no es más que un piojo que dejaron los pordioseros; mejor sería matarlo.

—No le hagan daño - dijo el Rey -, yo veré que cuiden de él.

Mandó hacer una urna de cristal, puso en ella al piojo y se lo entregó a un paje para que lo cuidara.

Para esto, el Rey tenía una hija a la que le gustaban mucho los animales y que, tan luego como vio al piojito, le pidió a su padre que se lo regalara; así el paje y la princesa cuidaban del piojo, le daban su comidita, su agua y lo sacaban al jardín todos los días. El piojo, con la buena vida, comenzó a engordar y a crecer, pero una mañana amaneció muerto de frío.

La princesa lloró mucho y el Rey, su padre, para consolarla, mandó a llamar a un curtidor para que le preparara la piel y así la niña pudiera conservarla de recuerdo.

Una vez que la piel estuvo curtida la niña comenzó a discurrir:

—¿Qué haré con la pielecita?

Y pensando, pensando, pensó hacer un tambor.

Yendo y viniendo el tiempo, creció la niña y el Rey decidió que ya era necesario que se casará, pero la princesa no estaba de acuerdo, y decía:

—No, papacito ni creas que me casaré nada más así; el que quiera casarse conmigo tendrá que pasar tres pruebas y si no las pasa, penará de la vida.

Con tal de casarla, el Rey mandó que por todos los confines del reino los heraldos leyeran el bando, en el que hacía saber a todos los súbditos que pretendieran a la mano de la princesa que podían ir a palacio a someterse a las tres pruebas, advirtiéndoles que el que no las pasara, penaría de la vida.

A pesar de eso no faltaron príncipes, ni duques, ni condes, pero todos murieron en la primera prueba.

Una vez la princesa fue de día de campo al monte. Allí la vio un carbonerito que andaba con su burro juntando leña. Cuando la niña se fue, el carbonero regresó a su jacal y le dijo a su madre:

—¡Ay mamacita! mejor muerto que no volver a ver a la princesa; yo me voy a palacio a pedir su mano.

—No vayas -hijo le dijo su madre-, mira que será tu perdición; si no han podido los nobles pasar las pruebas ¿qué has de poder tú, que no eres más que un carbonero que ni siquiera sabes leer?

—No importa, madre, eso no hace falta; écheme la bendición y ya verá como antes de los calores regreso.

Y diciendo esto se puso en camino, y andando, andando, encontró un hombre que estaba gritando:

—¡Jesús te ayude! ¡Jesús te ayude!

—Pero, hombre, ¿a quién quieres que ayude Dios, si aquí no hay nadie en peligro? -preguntó el carbonero

—Si no se trata de peligro, no seas tonto, ¿No oyes que el Rey de España está estornudando?

— Pos la verdad yo no oigo nada —dijo el carbonerito.

—¿Qué has de oírle?, -dijo el otro. -Yo lo oigo porque soy Oyín Oyán, y hasta la hierba oigo crecer. Tú ¿adónde vas?

—Voy a pedir la mano de la princesa. ¿No me acompañas?

—Sí, cómo no —le contestó Oyín, Oyán—, vámonos por ahí.

En el camino encontraron a un hombre tirado, durmiendo.

—Mira a este flojo, -dijo el carbonero-, ya bajó el sol y todavía está durmiendo la siesta.

—¡Qué flojo voy a hacer! —contestó el hombre,—. Ayer salí de China y hoy mismo llegué, me llamo Corrán ,Corrán ,y corro más que el viento. ¿Ustedes, adónde van?

-¡Voy a pedir la mano de la princesa!- dijo el carbonerito-. Este es Oyín Oyán, ¿No nos acompañas?

—Con gusto.- dijo – Corrán Corrán .Y los tres se pusieron en camino.

Más adelante se encontraron con un hombre que estaba comiendo una gallina tras de otra, con todo y plumas.

—¡Ah, bárbaro! —le dijeron—.¿Cómo le haces para comértelas enteras?

—Eso es muy fácil —les contestó el otro—, media docena de gallinas es poco para mí, que hasta un toro con todo y cuernos he llegado a comerme. ¿No ven que soy Comín Comán, hijo de Buen Comedor? Pero ¿a dónde van ustedes?

—Voy a pedir la mano de la princesa —contestó el carbonero—, ¿Quieres tú también acompañarme?

— Sí -le dijo Comín Comán, y se fue con ellos.

Así llegaron los cuatro a palacio y el carbonero se presentó a pedir la mano de la princesa. Tan luego como llegó le pusieron la primera prueba:

—Mira —le dijeron, ayer fue la princesa a bañarse al mar y sobre una roca dejó su tumbagón. El Rey tiene un paje que es un gran corredor; tendrás que correr con él en busca del anillo y él que llegue primero con él ganará la prueba; si logras traerlo ganas, si lo trae el paje gana la princesa y tu penas de la vida.

Fuese luego el carbonero a contarle a sus amigos de qué se trataba y Corrán Corrán, le dijo:

—No te apures, que aquí estoy yo, ya veremos si me gana el pajecito ese.

Al día siguiente muy de mañana, ahí van corre que te correrás., pero apenas iba el paje llegando al mar, cuando Corrán Corrán ya venía con el tumbagón. Se lo dio en seguida al carbonerito que muy contento fue a entregarlo, ganando así la primera prueba.

A otro día le dijeron;

—Hoy se servirá un banquete, la princesa tiene un paje que come más que un ogro, tú tendrás que comer con él. El que coma más ganará la segunda prueba.

Esto le pareció más difícil al carbonero, sin embargo, se lo fue a contar a sus amigos.

- No te apures por eso —le dijo Comín Comán—, déjalo todo de mi cuenta, ya verás cómo no te arrepientes.

Apenas lo llamaron al banquete, se presentó Comín Comán disfrazado de carbonero y para qué les digo que no sólo se comió los alimentos que le presentaron, sino que para terminar más aprisa se los comió con todo y platos.

Al fin cuento... ¿Verdad, niños? .Y como me lo contaron se los cuento.

La princesa no tuvo entonces nada qué decir y el carbonero ganó la segunda prueba.

Al tercer día, le dijo la princesa:

—¿A que antes del medio día no adivinas de qué es mi tambor y con qué lo toco?

Y el carbonerito se quedó pensando. Y pensando, pensando, se fue a ver a sus amigos.

Luego que lo oyeron, dijo Oyín Oyán:

—Ahora mismo me pongo a escuchar lo que pasa en palacio, ¡quién quita y así sepamos de qué está hecho el tambor ¡.

Oyín Oyán, con la oreja en el suelo y casi sin respirar, escuchó lo que decían los guardias, los pajes y toda la corte y hasta el mismo Rey, cuando de pronto va oyendo a la princesa cantar acompañándose de su tambor:

*Cuerito de piojo,
varita de hinojo,
cuerito de piojo,
varita de hinojo.*

—¡Albricias, carbonerito! —gritó contentísimo Oyín Oyán. - El tambor es de cuero de piojo y las varitas con que lo toca son de hinojo.

Con eso, al medio día, fue el carbonero a palacio donde la corte se hallaba reunida. Allí la princesa pregunto al carbonero:

—¿De qué es mi tambor y con qué lo toco?

Y el carbonerito le contestó cantando:

*Tamborcito de cuero de piojo,
varita de hinojo.*

La princesa mudó de color al verse perdida, pues veía al carbonero muy sucio y muy feo, pero:

—Palabra de Rey no vuelve atrás —dijo su padre—. No tienes más remedio que casarte.

Para esto, el camarista del Rey se encargó de alistar al carbonero para la boda, los pajes lo bañaron en agua de rosas y hierbas de olor, le pusieron vestidos de seda y encaje, convirtiéndolo así en un niño precioso.

La princesa no se cansaba de mirarlo.

- "Ayer tan feo, hoy tan bonito"-, se decía, y así diciendo se celebraron las bodas, que, entre cohetes, iluminaciones y músicas, duraron más de ocho días.

Para entonces el carbonerito se acordó de su madre, mandó enganchar una carroza y la fue a buscar a su jacal.

La viejita de pronto no lo reconoció antes pensó que venían de parte del Rey a traerle las nuevas de la muerte. Así que ¿para qué les cuento? el gusto que tuvo cuando se dio cuenta de que aquel príncipe tan elegante era nada menos que su propio hijo.

Y para no hacerles el cuento largo, les diré que el niño se llevó a su madre a vivir con el a palacio; que Corrán Corrán, Oyín Oyán y Comín Comán, los nombró ministros del reino y que él y la princesa:

*Vivieron felices,
comieron perdices,
y a mí no me dieron
porque no quisieron.*

PÁTZCUARO, MICHOACÁN

Rafaela Corona

Corona, P. (2003). *Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona* (p. 87-96). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones S.A. de C.V.

El conejo tramposo

Éstos eran dos viejecitos que tenían una hortaliza, y sucedió que comenzaron a notar que los chilares amanecían despuntados. Entonces decidieron ponerse a espiar para descubrir al animal que se comía los brotes tiernos de los chilares.

Así fue como un día fueron viendo a un conejito blanco que entraba en la hortaliza y se comía las matas; el viejito trató de alcanzarlo, pero no pudo, pues el conejo era ligero y, en menos que se los cuento, se metió en su madriguera, que estaba al pie de un pirul.

El viejo puso distintas trampas, pero el conejo, que era muy listo, se dio cuenta de que querían atraparlo y tuvo buen cuidado para no caer en ellas.

Entonces a la viejita se le ocurrió hacer un muñeco de cera de Campeche para ponerlo a la entrada de la madriguera del conejo, de modo que cuando éste quiso salir y se encontró con el monigote de cera, creyéndolo de veras, le dijo:

–¡Quítate de aquí y déjame pasar !

Naturalmente que el mono ni se movió y el conejo, ansioso de salir, volvió a decirle:

–Si no te quitas, te doy...

Y como el monigote no respondía a su amenaza, el conejo le dio una trompada, con lo que se quedó pegado de una mano.

Entonces el conejo, en vez de tratar de despegarse con paciencia, se desesperó y le tiró al muñeco una trompada, y viendo que también esa mano se le quedaba pegada pensó que quizá podría despegarse a patadas y ¡Zaz!.... que le da una y otra y que se queda pegado de las dos patas.

Viendo el conejo que no se podía despegarse del monigote, lo amenazó con morderlo diciéndole:

–¡Si no me sueltas, te muerdo!

Pero como el muñeco no lo soltó, el conejo le dio la mordida y se quedó pegado hasta el hocico. El viejito, que por entonces lo andaba espiando, al ver que había caído en la trampa lo cogió y se lo llevó a la casa; allí se entretuvo en quitarle la cera con mucho cuidado, pues quería conservar la pielecita y en esto hizo mientras su mujer preparaba una olla de agua caliente para guisar al famoso conejo.

Para esto, mandó al viejito a que fuera a traer carbón para poner la lumbre, y al viejo se le hizo fácil dejar al conejo en el suelo tapado con un chiquihuite; cuando entonces acertó a pasar por allí un coyote muy curioso que fue a meter las narices debajo del chiquihuite y oliendo, oliendo, descubrió al conejo.

—¡Qué bueno que te encontré le dijo el coyote, pues traigo mucha hambre!

-Mira, no seas malo —le dijo el conejo, sábetete que estoy aquí porque me van a traer unas carnitas muy sabrosas, sino que me dejaron debajo del chiquihuite para que no me pegara el sol; si quieres te dejo mi lugar con tal de que no me comas.

El coyote, entusiasmado con la idea de las carnitas, dejó ir al conejo y se quedó en su lugar, de modo que cuando la viejita llegó con el agua hirviendo para pelar al conejo, se encontró con el coyote, se enfureció y le echó el agua encima. El pobre coyote que estaba desprevenido, al sentir el agua hirviendo corrió despavorido aullando del dolor que le causaban las quemaduras. Al cabo de unos días se curó y tan luego como pudo se fue en busca del conejo, y cuando lo encontró le dijo:

—Ahora sí te como, conejo mentiroso, pues por tu culpa me saqué unas buenas quemadas.

Pero qué tonto eres —le contestó el conejo— te hubieras esperado. ¿No ves que primero era el caldillo y después las carnitas?

—De todos modos, hoy sí me las pagas —le dijo el coyote—. Pues tengo mucha hambre.

El conejo. Aprovechando que estaban a la orilla de una laguna y que había luna llena, pensó en engañar al coyote de esta manera:

—Mira—le dijo—, no me comas, mejor cómete ese queso tan bueno que está flotando en el agua, tú sabes nadar y puedes ir por él; yo no sé, estaba esperando que la corriente me lo trajera a la orilla.

El coyote, muy convencido, se tiró al agua en busca del queso, mientras el conejo ponía pies en polvorosa. Mucho tuvo que nadar el coyote sin lograr nunca llegar al queso, entonces se dio cuenta de que era el reflejo de la luna y comprendió que el conejo lo había engañado otra vez; así que no le quedó más remedio que salirse del agua, muerto de hambre y entelerido de frío; pero eso sí completamente decidido a buscar al conejo y a comérselo, donde lo encontrara.

Pasaron muchos días sin que lo hallara, cuando por fin lo fue viendo en una loma; el conejo lo vio también y como se pasaba de listo, lo espero muy tranquilo, recargado contra una piedra.

El coyote llegó y le dijo:

—Ahora sí, prepárate a morir, conejo tramposo, que ya van dos veces que me engañas.

—Pues si quieres, cómeme—le dijo el conejo—, que al cabo poco te ha de durar el gusto, pues el fin del mundo depende de que yo deje de detener esta piedra, así que sí decides a comerme, te morirás tú también; en cambio, si me dejas vivir, me quedaría por siempre aquí, deteniendo la piedra y mientras tanto tú podrías seguir viviendo muy tranquilo.

El coyote, muy creído, le dio las gracias y se fue muy contento pensando que el conejo se quedaría deteniendo la piedra para que él no se muriera.

Pero pasados unos días lo fue viendo, desde lejos, arriba de un nopal comiendo tunas, por lo que comprendió que lo del fin del mundo no había sido sino otro engaño, así que fue en su busca decidido a comérselo.

Cuando llegó al pie del nopal, el conejo, que ya se imaginaba a lo que iba el coyote, le dijo:

—Ya sé que esta vez no podré liberarme de ti, pero dame el gusto de que antes de que me comas te dé a probar unas tunas. ¡Están tan frescas para estos tiempos de calores!

El coyote, creyendo que el conejo ya estaba resignado a que se lo comiera, se sentó junto al nopal a esperar, con la boca abierta, las tunas peladas; pero el conejo, que era mañoso y pensaba únicamente en salvar el pellejo, se aprovechó de la ingenuidad del coyote echándole, una tras otra, tres tunas con todo y espinas.

El pobre coyote, sintiéndose ahogar, corrió en busca de un alma caritativa que lo curara.

En tanto, el conejo se valió del momento para tomar las de Villadiego.

Así paso el tiempo, cuando un día que el conejo estaba junto a un troje, que va viendo venir al coyote más enojado que nunca; creyéndose entonces perdido, pensó, en el momento, cómo librarse de la muerte y para eso cogió un costal y se fue a esperarlo debajo de un árbol. Allí lo fue a alcanzar el coyote y le dijo:

—¡ahora sí encomiéndate a Dios!, porque esta vez serás muerto, ya es mucho lo que te has burlado de mí.

Está bien —le dijo el conejo—, estoy dispuesto, porque al fin los dos hemos de morir. ¡Mira nada más cómo está de cargado el cielo! Ya me dijeron que va a caer una granizada tan fuerte que ha de acabar con todo, como el diluvio.

¿Para qué les cuento el miedo que tenía el coyote a las tormentas?

El pobre, con el rabo entre las piernas, le pregunto al conejo:

—¿Y cómo podría yo librarme de la muerte estando tan lejos de mi madriguera?

- Pues, ligero le contestó el conejo—, yo aquí tengo este costal que había prevenido para meterme adentro de él tan luego como comenzara la granizada, pero como no tenía quién lo amarrara ya que estuviera adentro, estaba muy triste pensando que de nada me había de servir. Si no me comes, te lo doy y yo mismo te lo cierro; así siquiera tú te salvas de morir en la tormenta.

El coyote, sin pensarlo más, se metió al costal; el conejo lo amarró y lo colgó con muchos trabajos de la rama de un árbol; después juntó piedra bola, de la que trae el río, y le gritó al coyote:

—¡Aquí viene la granizada!

Y diciendo esto se soltó dándole tal apedreada, que el pobre coyote gritaba:

—Ay, conejito, si yo que estoy dentro del costal siento la granizada, ¿qué será de ti que estas descubierta? Pero el conejo, en vez de contestarle, le lanzó otra lluvia de piedras y así lo hizo y lo volvió a hacer hasta que acabó con el coyote.

En cambio, el conejo siguió viviendo todavía mucho tiempo confiando más en su maña que en sus fuerzas.

*Y entró por un camino
salió por otro,
quiero que me cuentes otro.*

SAN JUAN TEOTIHUACÁN

Comadre Lupe

Corona, P. (2003). Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona (p.57-65). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones S.A. de C.V.

El pájaro verde

Están ustedes para bien saber y yo para bien contar el cuento del Pájaro Verde.

Éstos eran un Rey y una Reina que tenía una sola hija. Un día que la princesa estaba bordando en el jardín, vio venir desde lo alto del cielo un pájaro verde que volando, volando, llegó al costurero y se llevó su dedal de plata.

Al día siguiente volvió la niña al jardín a bordar y como el día anterior, vio venir desde lo alto del cielo al Pájaro Verde que, volando, llegó hasta el costurero y se llevó el listón de su peinado.

Desde entonces la niña salía al jardín con la ilusión de ver al pájaro, pues nunca en su vida había visto uno tan precioso.

Lo esperó un día y otro día pero el pájaro no regresó; pasó más tiempo y la niña se puso tan triste que el corazón se le enfermó de pena. Para eso, un día mandó llamar a la hija de su nodriza para que lavara sus pañuelos.

La lavandera fue al río y en una piedra se puso a lavar, cuando vio venir desde el cielo al Pájaro Verde que volando, volando, llegó hasta los pañuelos y se llevó uno.

La lavandera, pensando que la princesa podría disgustarse, se echó a correr tras el pájaro, pero como el pájaro volaba y la lavandera corría, acabó por perderlo de vista.

Entonces, muy apenada, se puso a llorar, cuando acertó a pasar por ahí una viejecita muy cariñosa que al verla le preguntó por qué lloraba.

La lavanderita le contó cómo, cuando estaba lavando los pañuelos de la princesa, un Pájaro Verde le había robado uno.

La vieja la consoló regalándole una naranja y diciéndole que la echara a rodar y que la siguiera, que ya vería cómo iba dar dónde vivía el pájaro.

La lavandera hizo lo que le dijo la viejita y después de mucho caminar, la naranja rodando, rodando, cayó en un manantial y la lavanderita se echó tras ella.

Y ahí tienen que en el fondo del agua encontró una puerta de madera labrada y al ver que la naranja se metía para dentro, ella se metió también.

¿Y qué creen que fue encontrando?... ¡Pues nada menos que un palacio encantado!...

Estando allí oyó ruido y temerosa de ser descubierta, se escondió detrás de una cortina, cuando va viendo llegar al Pájaro Verde que, al entrar, se sacudía el plumaje y quedaba convertido en un apuesto príncipe. Llegó en seguida un pájaro negro que al sacudirse el plumaje se convirtió en intendente.

El príncipe pidió su caja de entretenimiento y el intendente que era su criado, se la trajo; entonces vio la lavandera que el príncipe abría con mucho cuidado y que sacaba de adentro un dedal de plata y suspirando decía:

—¿Qué hará la dueña de este dedal? La viera yo...

Después sacó un listón y suspirando volvió a decir:

—¿Qué hará la dueña de este listón? La viera yo...

En seguida sacó de la caja el pañuelo que le había quitado a la lavandera y volvió a repetir:

—¿Qué hará la dueña de este pañuelo? La viera yo...

Y suspirando, cerró la caja y a poco se quedó dormido.

La lavanderita, al ver todo esto, comprendió que tanto el príncipe como el intendente estaban hechizados, entonces se puso a discurrir cómo haría para descantarlos y así pensando se quedó dormida.

A la mañana siguiente el príncipe, convertido otra vez en pájaro, salió volando por la ventana.

Entonces a la lavanderita se le ocurrió preguntarle al intendente cómo podría desencantarlos.

El criado se sorprendió mucho al verla y después que la hubo escuchado, le dijo:

—Bien se ve que tienes buen corazón, pero desgraciadamente tú no puedes ayudarnos. Es necesario que una princesa de sangre real venga a visitarnos para que termine el encantamiento.

Y diciendo esto, se convirtió en pájaro y se fue volando, como el príncipe, por la ventana.

La lavandera recogió la naranja y salió tras de él. Al llegar a palacio le contó a la princesa cómo había ido a dar a la casa del Pájaro Verde. La niña al escucharla volvió a ser feliz y muy decidida, echó la naranja a rodar y se fue tras de ella, llora y llora, con sus ojos; y anda y anda, con sus pies.

Y así llegó al palacio encantado y se escondió detrás de la cortina para ver llegar a los pájaros y así, esperando y para no cansarlos, fueron llegando uno después del otro tal como le había dicho la lavandera.

Entonces la princesa salió de su escondite y el príncipe, al verla, la reconoció y le dijo:

—Buena niña, no sabes el favor que nos has hecho con venir. Gracias a ti quedamos desde hoy desencantados. Pero ¡Ay de ti niña! ... Tú corres un peligro muy grande pues la hechicera dijo que la princesa que viniera a desencantarnos se quedaría encantada si llegaba a dormirse.

“Y lo peor es que todavía tenemos que pasar aquí la noche, pues ya es tarde y el palacio no se abre sino hasta que salen los primeros rayos del sol.”

Dicho esto, convinieron en que el intendente y el príncipe entretendrían a la niña un rato cada uno para no dejarla dormir; pero los pájaros habían volado tanto y la princesa había caminado tanto, los tres se quedaron dormidos.

Al día siguiente, al salir el sol, el príncipe despertó buscando a la princesa, pero ésta nada que aparecía; por fin el intendente la descubrió en la silla donde había estado sentada la víspera, pero ¿cómo creen que la encontró?

Pues convertida en una muñeca de alfeñique tan chiquita. Como los muñecos de las roscas de reyes.

El príncipe al verla se puso muy triste, pues estaba enamorado de ella, así que, no queriendo dejarla la envolvió con mucho cuidado en papel de china y se la guardó en la bolsa.

Hecho esto se puso en camino para el castillo del Rey, su padre, y andando, andando, llegó a la orilla del mar; entonces el príncipe, creyendo que la princesa nunca más volvería a tener vida, decidió sepultarla en el mar. Para esto, la puso en una concha, la cerró muy bien y encima escribió con letras de oro:

*El que bien te quiso
y bien te amó
en una conchita te dejó.*

Y eso haciendo, la echó al mar y muy triste siguió su camino acompañado de su intendente.

Pero sucedió algo que el príncipe no esperaba. Con el tiempo llegó el término del encantamiento; el mar arrojó a la playa la concha, la muñeca se despertó y al convertirse en princesa se fue al reino de sus padres que ya se morían de gusto de volver a verla.

Allí la lavandera le contó que el príncipe, por darles gusto a sus súbitos, había pensado en casarse y que después de mucho dudar había escogido a una marquesa vecina suya y que para entonces ya se estaban preparando las bodas; que así se lo habían dicho el intendente cuando había estado a visitarla para pedirle que ese mismo día se casara con él.

La princesa se puso a llorar sin consuelo al creerse olvidada; la lavandera, al verla tan triste, corrió en busca del criado y le contó cómo era que la princesa había regresado.

El intendente fue a contarle todo al príncipe y éste, sin perder tiempo, desbarató el compromiso que tenía con la marquesa, mandándole un papel en el que escribió:

*El que ni te quiso
ni te amó
solterona te dejó.*

Hecho esto se fue a ver a la princesa y el día fijado para la boda, se casó con ella.

La lavandera y el intendente se casaron también. Y todos fueron felices y vivieron muchos años en santa paz de Dios.

SAN LUIS POTOSÍ

Mina (Fermina)

Corona, P. (2003). *Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona* (p.131-138). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones S.A. de C.V.

Los títeres de la bisabuela del rey

Éste era un rey que tenía un sólo hijo, que era la luz de sus ojos. El príncipe, que ya estaba en edad de merecer, pensó en casarse y así se lo dijo a su padre, el rey. Él le aconsejó que se consiguiera una esposa que tuviera tres gracias: que fuera bien bonita para que nunca se cansara de mirarla, que fuera tan lista para que nunca lo aburriera y que fuera tan valiente que se atreviera a buscar los títeres de la bisabuela que le había robado una bruja.

El príncipe estuvo de acuerdo, así que el rey mandó poner un bando por todo el reino invitando a las muchachas casaderas a una tertulia en el palacio. El día señalado se presentaron muchas jóvenes, pero al príncipe no le gustó ninguna. De repente apareció Margarita, la hija del jardinero, que era de una belleza nunca antes vista. El príncipe quedó deslumbrado, con lo que Margarita pasó la primera prueba. Luego, para saber cuál era la muchacha más lista, les pusieron una adivinanza:

*Aquello que comiste
y que tanto te gustó,
no está mal, porque está bien,
y está bien porque es tamal.*

Inmediatamente Margarita contestó: el tamal. Con eso ganó la segunda prueba. Por último, les preguntaron quién se atrevería a ir a buscar a la bruja para recuperar los títeres de la bisabuela del rey. Todas las muchachas se quedaron mudas del susto, menos Margarita, que dijo: "Con valor se gana, con miedo no se hace nada. Si ustedes me lo permiten, yo iré a buscarla". Con eso ganó la tercera prueba.

El rey, muy complacido, mandó alistar una carroza con suficiente bastimento y una escolta. El príncipe, a quien Margarita ya se le había metido por los ojos, por los oídos y en el corazón, le pidió permiso al rey, su padre, para acompañarla. Dando el rey su permiso, se pusieron en camino. Después de mucho rodar, encontraron a una viejecita que con esfuerzo estaba bajando tejocotes de un árbol. Margarita, que además de bonita era caritativa, pidió hacer un alto en el camino y se bajó a ayudarla. Entre todos le llenaron su canasta de fruta y la llevaron hasta su jacal. Platicando, platicando, la viejita les preguntó dónde iban y Margarita le contó que viajaban sin rumbo buscando

a una bruja que se había robado los títeres de la bisabuela del rey, pero que no tenían idea de dónde encontrarla. La viejecita les dijo que mucho más adelante había un bosque muy tupido donde las brujas se reunían aprovechando la claridad de la luna llena; que quizá entre ellas podrían encontrar a la bruja que buscaban. Con estas señas, Margarita y el príncipe se despidieron y siguieron su camino hasta que dieron con un bosque muy sombrío. Para que nadie los viera se escondieron en unos matorrales hasta que se metió el sol y salió la luna llena.

A eso de la medianoche fueron llegando las brujas echando lumbre por los ojos; unas montadas en sus escobas, otras en bolas de fuego y otras en el caballito de San Fernando, "a ratitos a pie y a ratitos andando". Todas, alborotadas, se pusieron a bailar y ya cansadas de dar piruetas se sentaron en rueda a platicar y presumir de los tesoros que se habían robado.

La más mechuda dijo: " yo tengo el zapatito de cristal de la Cenicienta"; otra gritó con voz chillona que era dueña de la lámpara de Aladino. La gorda, chaparra y bigotona presumió de tener las botas de siete leguas. La más fea dijo que había conseguido el espejito mágico de la madrastra de Blancanieves, y otra menos peor, que había logrado arrancarle tres pelos al diablo. Por último, la que parecía ser la más malandrina de todas dijo: "pues yo tengo los títeres mágicos de la bisabuela del rey". Después, las brujas volvieron a bailar y a brincar de puro gusto y al amanecer, antes de que cayera el rocío, cada una se fue para su casa. Por suerte, la bruja que había dicho que tenía los títeres había llegado a pie, pues su cabaña se encontraba cerca, así que fue fácil seguirla. Esperaron a que entrara y encendiera una vela. La espieron por la ventana y vieron que cogía un baulito muy adornado. Cuando lo abrió, se asomaron varios títeres queriéndose salir, pero ella les dijo: " Es de madrugada y estoy muy cansada, más tarde los sacaré para que me diviertan, ahora voy a dormir". Y así diciendo cerró el baulito, lo puso dentro de una cuna y comenzó a mecerlo arrullando a los títeres como si fueran niños.

Entonces, el príncipe tocó la puerta, la bruja abrió y Margarita, fingiendo desmayarse, le dijo: "nana, nanita, dame agüita, dame tantita, que me muero de sed". La bruja, sin sospechar se fue a la carrera a traerle un jarro de agua. En el instante que desapareció, Margarita se apoderó del baulito, salió a toda prisa y se subió al carruaje.

El príncipe corrió tras ella, pero viendo la bruja que la habían engañado, de un salto alcanzó al príncipe, y dándole un escobazo, lo convirtió en pájaro diciéndole: "pájaro azul te volverás y hasta que te hable Margarita te desencantarás. Y tú, Margarita, te quedarás sin voz siempre que veas al

pájaro como si fueras muda”. El cochero, aterrorizado, arreó a los caballos y el carruaje, salió más que volado con Margarita y el príncipe convertido en pájaro; rápidamente ganaron terreno y se alejaron del bosque.

Ya fuera de peligro, Margarita, al fin mujer, sintió curiosidad por los títeres y abrió el baúl. Los muñecos, al verse libres, se escaparon por la ventana y volaron como en viento jugando; unos al pan quemado, otros al tras, otros a la momita ciega... el pájaro, que estaba parado en el techo del carruaje, al ver que los títeres se habían escapado volando, volando, los fue atrapando uno a uno y se los regresó a Margarita, que arrepentida los encerró en el baúl y lloró de alegría por haberlos recuperado. Los caballos siguieron corriendo y el carruaje avanzando. Cuando el castillo estuvo a la vista, el pájaro voló a buscar a su madre, la reina, y se puso a picotear el cristal de la ventana hasta que ella le abrió. Entonces, él voló a sus brazos diciendo: “soy tu hijo”, la reina comprendió que lo habían hechizado, así que lo metió en una jaula de oro y le rezó a todos los santos para que lo desencantaran.

Margarita, por su parte, se presentó ante el rey y le entregó el baúl con títeres. Luego le contó todo lo que les había sucedido.

Todos los habitantes del reino aquel estaban ansiosos por ver a los famosos títeres y el rey, muy a su pesar, pues estaba muy triste y se sentía culpable, accedió a darles una función. Primero mandó clavar las ventanas de un torreón para que los títeres no se pudieran escapar y ordenó que las visitas, tanto ricos como pobres, llevaran candelas, faroles o hachones para alumbrarse, pues en esos tiempos no había otra luz. La reina llevó al pájaro, que, volando, volando, se paró en una de las vigas del techo para poder verlo todo.

El rey abrió el baúl, los títeres salieron de inmediato y empezaron a retozar. Bailaron la danza de los chinelos, siguieron con la de los concheros y terminaron con la de los moros y cristianos. Nadie se fijaba en el pájaro azul que desde la techumbre del torreón se divertía con los títeres, encandilado por el resplandor de los hachones encendidos: En eso vio que el hachón de Margarita se estaba apagando y desde las alturas gritó: “Margarita, Margarita, que triste está tu hachón”. Margarita, sin saber quién le hablaba y sin mirar hacia arriba contestó: “más triste está mi corazón”. Con eso se terminó el maleficio de la bruja y el pájaro azul se desplomó a los pies de Margarita, convertido en príncipe.

Hubo gran regocijo, se sirvieron aguas de sabores, dulces y chocolates. Días después se celebró la boda de Margarita, la de las tres gracias, con el príncipe azul. Hubo muchos festejos, pero lo más maravilloso fueron los títeres de la bisabuela del rey, que bailaron la danza de los doce pares de Francia.

PUEBLA DE LOS ÁNGELES

Carolina, costurera

Corona, P. (2003). *Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona* (p.253 -260). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones.

“Matanga”, dijo la changa

Había una vez un rey y una reina que tuvieron trillizos. Vivían siempre preocupados pensando a cuál de los tres debían dejarle el reino. La reina, que era muy ingeniosa, le dijo al rey:

-Vamos poniéndolos a prueba para saber cuál tiene el mejor criterio para escoger esposa- y así lo hicieron, los mandaron llamar y el rey les dijo: " Ya es tiempo de que busquen mujer, les voy a entregar a cada uno una talega con mil monedas de plata, un caballo y un escudero para que los acompañe". Así diciendo, les echó su bendición.

Los tres hermanos emprendieron el viaje y al llegar a un cruce de caminos se separaron. El mayor, que no era muy de a caballo, se cansó luego y como no quería hacer mayor esfuerzo se detuvo en el primer castillo que encontró. Ahí conoció a una marquesa y sin pensarlo más se casó con ella. El segundo cabalgó unos días y al encontrar un alcázar muy almenado se detuvo; conoció allí a una duquesa y sin pensarlo más se casó con ella.

El tercero, a poco andar, dejó el camino real por la vereda y fue a dar a un bosque. Como le gustaba la cacería, se puso a perseguir a un venado, se alejó del escudero y acabo perdiéndose en la espesura y durmiéndose cuando le cayó la noche encima. Todo el día siguiente lo pasó recorriendo el bosque, pero no encontró la salida. Al tercer día, cansado y sin comer, ya sentía que la vida se le escapaba cuando de pronto encontró a una changuita muy simpática que le regaló un plátano. Ya no se sintió solo y, pensando que podría ayudarlo, por señas le pidió que le indicara la salida.

La changa, sin comprenderlo, lo llevó a la changuería, donde vivía una tropa de changos en una arboleda, quienes lo recibieron con entusiasmo, como si fuera de la familia. Al cabo de un tiempo, el príncipe se desesperó de vivir entre changos, pero por más que recorría el bosque no encontraba la salida. Por fin, le pidió al mono más grande que lo ayudara, pero este le dijo que si quería irse tenía que casarse con la changuita, pues le había tomado mucho cariño y no podía dejarla. Al principio le pareció un disparate, pero después de pensarlo bien, al comprender que era su única salida y creyendo que era lo más conveniente, se casó con la changa. El chango mayor cumplió su palabra y lo llevó hasta la orilla del bosque para despedirlos. El príncipe se montó en su caballo, la changuita en las ancas y arrancaron a toda carrera.

Unas veces trotando y otras galopando llegaron hasta el castillo del rey. Sus padres y hermanos lo recibieron con mucho cariño, pue ya lo daban por muerto. Cuando les contó su aventura y le dijo porque se había casado con la changa, lo comprendieron, pensando que había obrado con buen criterio, y lo felicitaron; aunque con tristeza, porque pensaban que una changa no podía ser reina. Sin embargo, la reina quiso someter a sus nueras a una prueba para saber cuál era la más hacendosa. Aprovechando que iba a ser el cumpleaños del rey, le pidió a cada una que le hiciera una camisa.

La changa pareció no entender nada, pero la víspera huyó brincando de árbol en árbol hasta llegar a la changuería, y regresó a la mañana siguiente con su regalo. La marquesa le hizo al rey una camisa de algodón muy bien hecha y hasta almidonada, pero tan pequeña que el rey no pudo ni probársela. La duquesa le regaló una camisa de seda con una corona y sus iniciales bordadas, pero tan grande que más parecía una camisa de dormir, así que el rey no quiso probársela. La changa llegó con un piñón de regalo y todos se rieron de ella. Al partirlo, sacó de adentro una camisa de Holanda con encajes de Flandes muy pequeñita, y al desdoblarla fue creciendo hasta tener el tamaño perfecto para el rey, a quien le gustó mucho. Los cortesanos decidieron que la changa era la más habilidosa.

—No por eso deja de ser changa- comentó envidiosa la marquesa—, pues aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

El rey también quiso poner a prueba a sus nueras, y les dijo:

—Pronto va a ser el santo de la reina, que se encuentra triste porque se le murió su perrito faldero, tráiganle cada una un perrito a ver cuál prefiere.

La duquesa y la marquesa se preocuparon por buscarlo, mientras que la changa no parecía hacer caso. Pero la víspera huyó brincando de árbol en árbol hasta llegar a la changuería, y regresó al otro día con su regalo. La marquesa le llevó a la reina un perro salchicha muy simpático, pero ladraba tanto que la aturdió.

La duquesa le presentó un perrito chihuahueño que no dejaba de temblar, y a la reina no le hizo la menor ilusión. La changa sorprendió a todos llevándole una nuez que estrelló sobre una mesa; al partirse salió de adentro un perrito maltés blanco con risos ensortijados, muy pequeñito, que se puso a correr alrededor de la mesa y en cada vuelta que daba iba creciendo hasta convertirse en un cachorro graciosísimo que encantó a la reina y a todos los invitados, que felicitaron a la changa.

—No por eso deja de ser changa— dijo la duquesa—, pues aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Como última prueba, el rey mandó hacer una casa en el jardín del castillo para cada uno de sus tres hijos, pidiéndoles que sus esposas se ocuparan de decorar el salón del besamanos para cuando él y la reina fueran a visitarlos, y prometió darle un premio a la que ganara. La duquesa y la marquesa desde el primer día empezaron a pensar en cómo arreglarlo; en cambio la changa hasta unos días antes del día señalado fue al mercado, compró dos equipales, unos petates y muchos paliacates. Después, brincando de árbol en árbol se fue a la changuería y regresó con un grupo de changos que traían costales de tierra. Con agua hicieron lodo para embadurnar los muebles y hasta las paredes del salón; trabajaron hasta la madrugada en quién sabe cuántas cosas más, y cuando ya estaban cansados, la changa los mandó a dormir a los árboles del jardín.

Al día siguiente, los reyes empezaron por visitar a la duquesa, quien había arreglado el salón con muebles ingleses y tapetes persas. Después fueron a la casa de la marquesa, allí todo era francés, estilo rococó. Por fin fueron a la casa de la changa, el príncipe los llevó al salón del besamanos y quedaron deslumbrados. El trono del rey era un equipal cubierto de oro, colocado bajo un dosel de terciopelo carmesí; El equipal de la reina era de plata. Sobre los dorados petates abundaban los cojines de paliacate para que se sentaran los invitados y hasta las paredes estaban cubiertas de láminas de oro. En fin, un salón de besamanos “digno de un rey”, comentaron los cortesanos, y declararon que la changa era la que merecía el premio. Salieron al jardín y en el kiosko el rey le puso a la changa una corona de laurel, símbolo de la victoria.

Verde de la envidia, la duquesa se apoderó de la corona, pero en el mismo instante, ¡“matanga”!, dijo la changa. Se la arrebató, se la volvió a poner y dio el changazo, convirtiéndose en una princesa chulísima. Al quedar con la corona se rompió el maleficio que la tenía encantada. Años atrás, un hada desairada se había vengado del rey, su padre, convirtiendo a todo el reino en una changuería. El maleficio terminaría el día que uno de los monos fuera coronado, cosa muy difícil.

Los monos que estaban colgados de los árboles también se transformaron en personajes elegantísimos, pues eran parte del reino hechizado. Después de esto, el rey y la reina decidieron nombrar como herederos al príncipe y a la princesa desencantada. Los hermanos estuvieron de acuerdo y entre ellos reinó siempre la armonía, pues como eran trillizos no podían vivir uno sin el otro.

JALISCO

Nana Cuela (María Pantoja)

Corona, P. (2003). *Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona* (p.263-270). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones.

Quetzalcoatl y la hormiga maicera

Cuentan que Nuestra Señora Santa María estaba en el cielo hilando tallos de lino con su huso de madera de ébano y su tortera de marfil, cuando vio en la tierra a una india que hilaba copos de algodón con un malacate de barro que giraba rápidamente apoyado en una jícara. Maravillada, Nuestra Señora se ilusionó con aprender a hilar de esa manera, así que se subió en una nube y le pidió al viento que la llevara a buscar a la hilandera. Al llegar, la encontró empeñada en su labor, como la había visto desde el Cielo; se hicieron amigas y se pusieron a hilar.

En eso estaban cuando de pronto apareció una caravana de hormigas cargadas con granos de maíz mucho más grandes que ellas. Santa María, sorprendida, le preguntó a la india cómo era posible que unos insectos tan pequeñitos pudieran llevar algo tan pesado. Ella le dijo que las hormigas debían su fuerza a que comían maíz. Su abuela le había contado que, en el principio de los tiempos, los dioses habían hecho a los hombres, pero no sabían qué darles de comer. Entonces, uno de ellos, llamado Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada, fue a buscarles alimento. En el camino encontró a una hormiga colorada cargando una semilla de maíz y le preguntó dónde la había recogido.

La hormiguita no quiso darle razón hasta que, convencida de sus buenas intenciones, le dijo que la había sacado de interior del Tonacatepetl, el Cerro de los Alimentos, adonde él no podría entrar porque el camino era muy estrecho. Pero Quetzalcoatl, mediante su poder se convirtió en hormiga negra, y junto con la otra hormiga se metió bajo tierra. Por un túnel entraron al cerro, donde en diferentes cuevas se almacenaban semillas de amaranto, chí, frijol, chile y maíz.

Cada una llenó su morral rápidamente y salieron de allí felices. Quetzalcoatl llevó sus semillas hasta Tamoanchan, el lugar donde estaban los dioses. Ellos las probaron y, viendo que eran buenas, pusieron unas en boca de los hombres para que las comieran y les dejaron otras para que las sembraran.

Con el tiempo, los hombres se acostumbraron a comer de todo, pero dejaron de comer maíz porque como no sabían prepararlo se enfermaban de pelagra: se les despellejaba la piel y se ponían

nerviosos. En cambio, cuando observaron que las hormigas comedoras de maíz eran muy fuertes, ¡empezaron a comérselas! Santa María le preguntó a la india si ella también comía hormigas.

—Claro que sí —le respondió— y son muy sabrosas. Las preparamos en mole y en salsas molcajeteadas. También guisamos los escamoles, que son los huevos de las hormigas negras, con nopales cocidos, jitomate y chile guajillo tostado, del que no pica, sal y una ramita de epazote.

La mujer siguió contándole a Santa María que hay hormigas grandes y chicas, y que tienen diferentes nombres: chicatanas, arrieras, león, campesinas, bizcocheras, de fuego, mochileras, soldados, busileras o de miel; así también hay una hormiga amarillenta loca que camina muy aprisa, dando tumbos.

—Además de comerlas, las usamos como medicina. Junto a los hormigueros crecen plantas que los curanderos utilizan para preparar remedios destinados a aquellos que se les espanta el sueño o les duele el corazón. Según una antigua receta, a quienes sufren de debilidad de las manos se les recomienda meterlas en un hormiguero y dejar pacientemente que las hormigas se las muerdan.

Después de escucharla, Nuestra Señora le dijo que lo más importante era averiguar cómo era que las hormigas preparaban el maíz para que les hiciera tan buen provecho.

Al instante, la india atrapó una hormiga y le preguntó qué hacían con el maíz. La hormiga le respondió que era un secreto y que había pena de muerte para quien lo revelara, pues pensaban que si los hombres se enteraban, ellas se quedarían sin comida. Ni tarda ni perezosa la indita amarró a la hormiga de la cintura con un mecate de ixtle que traía en su malacate y empezó a apretarla fuerte para que contara el secreto. La hormiguita lloraba amargamente y se resistía diciendo:

—No puedo traicionar a mis hermanas.

La mujer apretó más y más, hasta que la hormiga quedó muy acinturadita.

Mientras tanto las demás huyeron despavoridas a esconderse en su hormiguero, dejando tiradas las semillas de maíz que traían cargando.

Admirada del valor de la hormiguita y compadecida de ella, Santa María le pidió a la mujer que no la torturara, que era mejor convencerla por la buena. Después se dirigió a la hormiga con dulzura y le dijo:

—Si tú enseñas a los hombres cómo preparar el maíz para que no les haga daño, ellos sembrarán el grano, habrá maíz de sobra para todos y probablemente, poco a poco, hasta dejarán de comérselas a ustedes.

Convencida por las palabras de nuestra Señora, la hormiguita le contó que ellas hervían los granos de maíz en agua con cal y, una vez cocidos, los enjuagaban con agua clara, restregándolos para quitarles los hollejos; luego, ya bien limpios, los molían y se los comían. Ése era su secreto.

Santa María agradeció a la hormiguita su generosidad y con mucho cuidado la escondió en el morral donde guardaba su malacate.

Entusiasmada, la hilandera recogió las semillas de maíz que las hormigas asustadas habían dejado abandonadas y con ellas preparó el nixtamal, lo molió en el metate y echó la primera tortilla, pero la hizo tan gruesa que le quedó cruda.

En eso estaban cuando vieron que un camaleón empezó a comerse a las hormigas. La india lo espantó a pedradas y él huyó a esconderse en unos maizales.

Santa María lo defendió diciendo que el camaleón también tenía derecho a comer y, para ayudarlo, le dio la virtud de que toda aquella mujer que lo acariciara haría muy buenas tortillas.

Al saberlo, la india abrazó al camaleón y lo puso cerca del fogón a papar moscas. Pronto se dio cuenta de que, después de acariciarlo y ponerse a tortear, echaba unas tortillas muy delgadas y esponjaditas. Con el tiempo se le ocurrió preparar además tamales, gorditas, memelas y atole, por lo que se hizo famosa y fue querida por todos los de su pueblo.

Contenta por lo que había logrado, Nuestra Señora regresó al Cielo con sus malacates y una jícara para hilar lino y poder tejerle una túnica al angelito de la guarda. También se llevó a la hormiga acinturadita para que nadie se la comiera.

Y colorín colorado

el cuento de la hormiga maicera

aún no ha terminado

Corona, P. (2009). *Quetzalcoatl y la hormiga maicera*. México: Ediciones Tecolote, S.A. de C.V.

Sangalote

Había una vez un barrendero que se llamaba Sangalote, de esos que barren las calles con unas escobas muy largas; pero Sangalote tenía un defecto muy feo: creía siempre tener razón y por lo tanto era muy terco.

Un día barriendo, barriendo, se encontró un tlaco y se puso a pensar en alta voz, diciendo:

–¿Qué compraré? Si compro pan, se me desmorona; si compro queso, me lo comen las ratas; si compro azúcar se me acaba; compraré garbanzos –y compró garbanzos.

Al día siguiente se fue a trabajar. Llegó a una casa, tocó y cuando le abrieron dijo:

–Buena señora. ¿Quiere que le barra su calle?

–¡Como no, señor, bárrala usted!

–Bueno, está bien –dijo Sangalote–, pero ¿y dónde dejo mis garbanzos?

–Allí déjelos en el corral –le contestó la señora y Sangalote se fue a barrer, y barre que barre, se le acabó el día.

Cuál no será su sorpresa cuando al ir por sus garbanzos, se halló la bolsa vacía, porque un gallo se los había comido.

Entonces Sangalote llamó a la señora y le dijo:

–¡O mis garbanzos o mi gallo; o mi gallo o mis garbanzos!

Y la señora, por tanto no alegar, le dio el gallo. Y allí va Sangalote muy contento con su gallo. Todos los días se despertaba con su alegre *ki ki ri ki* y hasta en su trabajo lo llevaba.

Un día llegó a casa de otra señora y le dijo:

–¿Quiere que le barra su calle?

–Sí señor, bárrala usted –contestó la señora.

–Bueno, está bien –dijo Sangalote–, pero ¿dónde dejo a mi gallo?

–Déjelo en la caballeriza –le dijo la señora.

Sangalote se puso a barrer y barriendo se le acabó el día.

Entonces se presentó por su gallo, pero no encontró más que las plumas, pues el gallo quiso comerse la cebada del caballo, el caballo se enojó y lo mató de una patada.

Sangalote llamó a la señora y le dijo:

–O mi gallo o mi caballo; o mi caballo o mi gallo.

Y la señora, por tanto no alegar, le dio el caballo.

Sangalote se fue muy contento, pero como era pobre, tuvo que seguir barriendo, y así fue como un día con otro llegó a casa de otra señora y le preguntó si quería que le barriera su calle.

–Sí señor, bárrala usted –le dijo la señora.

–Bueno, está bien –dijo Sangalote–, pero ¿y dónde dejo al caballo?

–Allí déjelo en el establo –le contestó la señora.

Y así lo hizo Sangalote y se fue a barrer. Y barre que barre se le acabó el día.

Cuando fue por su caballo se lo encontró con las tripas de fuera porque el caballo quiso comerse la pastura del toro; el toro se enojó y le encajó los cuernos. Sangalote, muy decidido, llamó a la señora y le dijo:

–O mi caballo o mi toro; o mi toro o mi caballo.

Y la señora, por tanto no alegar, le dio el toro.

Pero, a pesar de ser dueño de un toro, Sangalote tuvo que seguir barriendo y un día con otro llegó a casa de una señora que tenía una niña muy desobediente.

–Buena señora –le dijo Sangalote– ¿quiere que le barra su calle?

–Sí señor, bárrala usted –le contestó la señora.

–Bueno, está bien –dijo Sangalote–pero ¿Y dónde dejo al toro?

–Déjelo en el jardín –le dijo la señora–, pero amárrelo bien de un árbol, pues como el jardín no está bardeado, si lo deja suelto se le podría escapar.

Así lo hizo Sangalote y después se fue a barrer.

El toro comenzó a mugir y la niña le dijo a su madre:

–Mamacita, el toro ha de tener sed, pues se está quejando mucho.

–No le hagas caso –le dijo la madre–, ya sabrá el barrendero qué hacer con él cuando lo oiga mugir. Cuidado y se te vaya a ocurrir llevarlo a beber a la fuente; piensa que tiene muchas fuerzas y que se podría escapar.

La niña sin contestarle se fue al jardín pensando: “¡Qué se me ha de escapar! Son ideas de mamá”.

Y así pensando llegó al árbol, desató al toro y lo llevó a la fuente.

Pero sucedió que en cuanto el toro se sintió libre, echó a correr, saltó las trancas y se perdió detrás de la loma.

La niña, muy asustada, se metió a la casa y, sin decirle nada a su mamá, se escondió debajo de su cama.

Barre que barre se le acabó a Sangalote el día y cuando fue a recoger su toro y no lo encontró, llamó a la señora y le dijo:

–O mi toro o mi niña; o mi niña o mi toro.

Y como la señora no tenía con qué pagarle el toro, sacó a la niña desobediente de debajo de la cama y con todo el dolor de su corazón, se la entregó a Sangalote, que muy contento, la echó al costal de la basura y cargó con ella.

–Ahora sí –se decía–, ya tengo quien me haga la comida, quien me remiende los calcetines, quien me ayude a barrer –y diciendo, se encontró a un indito que vendía guitarras.

–¿Qué haría yo para comprarme una jarana? ¡Lástima que no traigo dinero!

Y diciendo y pensando cómo haría, le dijo al indio que lo esperara mientras entraba a una panadería a ver si le daban trabajo y así podía comprarle la jarana.

Los panaderos aceptaron que les barrierá Sangalote la calle; entonces éste les preguntó dónde podía dejar su costal mientras barría. Los panaderos le contestaron que en la bodega donde estaban los costales de harina, y en la bodega dejó Sangalote su costal y se fue a barrer.

La niña, que se había quedado en la bodega, dentro del costal, comenzó a gritar, los panaderos al oírla fueron a ver lo que pasaba y al abrir el costal de Sangalote y encontrarse a la niña le preguntaron por qué estaba allí.

La niña les contó lo que había pasado y les prometió no volver a ser desobediente si la dejaban irse. Así lo hicieron los panaderos y la niña, muy escarmentada, corrió para su casa.

Entonces los panaderos llenaron el costal de víboras, ranas, sapos, ratas y ratones, arañas, alacranes y toda clase de animales ponzoñosos, pues no querían entregarle al barrendero el costal vacío.

Cuando Sangalote acabó de barrer, cobró su dinero, compró pan, compró queso, compró la guitarra, recogió su costal y se lo echó al hombro.

Y allí muy contento, ándate que andarás, camino del monte donde vivía.

Pero de repente, que siente en el lomo unas mordidas muy fuertes y creyendo que era la niña le dio un manotazo diciendo:

–¡Arre niña, no muerdas!

Pero como seguía sintiendo las mordidas, decidió detenerse a descansar un rato. Entonces se sentó debajo de un árbol, puso junto su costal, cogió su guitarra y se puso a tocar, y al tiempo que tocaba cantó:

*De mi tlaco, mis garbanzos,
de mis garbanzos, mi gallo,
de mi gallo, mi caballo,*

*de mi caballo, mi toro,
y de mi toro, mi muchachita,
mi pan y queso y mi jaranita.
¡Sal niña hermosa!*

Y abrió el costal y salieron todos los animales y se lo comieron.

Y el cuento de Sangalote, como se los cuento yo, por una oreja me entró y por otra me salió.

MORELIA, MICHOACÁN

Macaquita (María)

Corona, P. (2003). *Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona* (p.39-46). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones S.A. de C.V.

El morralito de ocelote

Al visitar el mercado de un pueblo de los Altos de Chiapas encontré a una ancianita que llevaba al hombro un morral de cuero de vaqueta, adornado con piel de ocelote. Como creí que lo andaba vendiendo, pues es una prenda que acostumbraban usar los varones, me acerqué a ella y se me hizo fácil tocar el morral; asustada, me miró con temor y lo abrazó contra su corazón. Una niña que dijo ser su nieta se me acercó y me explicó que su abuela no hablaba castellano y que el morral no lo vendía ni por todo el oro del mundo, pues era su tesoro. Después, a la sombra del camino, me contó su historia.

A su abuela doña Cecilia, curandera de esas que saben preparar remedios con hierba y rezar, la llamaron una vez para recibir a una criatura que ya quería nacer y llegar al mundo. Como era costumbre en su pueblo, regaron ceniza alrededor de la casa para poder saber cuál iba a ser la tona del niño, o sea, su animal protector y compañero de su vida; algo así como su doble o su alma animal. El niño nació al peso de la noche, pero, al amanecer, en la ceniza no apareció el rastro de ningún animal; ni el de la sabia serpiente que, aunque no tiene pies, se arrastra y deja la huella de los cascabeles de su cola que presagian fortuna; ni del tlacuache colita pelada; ni del coyote, que por ser tan veloz dicen que en todo pies; ni del conejo, que según dicen tiene sus patas envueltas en lana y no pueden rastrearse sus huellas; tampoco del salta-pared, pájaro que en tiempo de secas canta pidiéndole a Dios que llueva; ni siquiera el de un chapulín, insecto que imparte un poder sobrenatural.

Como el niño no dejaba de llorar porque al nacer no había visto a su tona, la curandera pidió permiso a sus padres para llevarlo al cerro donde hay muchos animales; allí podía elegir a su compañero de toda la vida. Echó al niño en una red de ixtle para que a través de ella pudiera ver los animales que encontrarían en el camino, y se lo colgó a la espalda.

Anduvieron de aquí para allá pero ninguno parecía gustarle al recién nacido, pues no hacía más que llorar. Encontraron una comadreja, un tapir, un oso hormiguero, una iguana y un veloz chupamirto, pero aquel seguía llorando, y aún más cuando apareció un mono saraguato, después una parvada de guacamayas que atravesaron el cielo cotorreando, huyendo de un gavián.

De pronto el niño dejó de llorar y empezó a reír. La curandera, sorprendida por el cambio, buscaba con la mirada qué animal había escogido el niño, cuando descubrió un cachorro de ocelote subido en un árbol al que el niño miraba de frente reconociéndolo como su hermano.

Desde ese día nunca volvió a llorar, pues había adquirido el arrojo y el valor del príncipe de la selva, ya que el ocelote es el hermano menor del jaguar. Doña Cecilia sabía que era una tona peligrosa y guardó el secreto.

Al niño le pusieron el nombre de su abuelo, como era tradición, pero él se sentía tigrillo, pues además tenía los ojos tan grandes como el ocelote y podía ver en la oscuridad.

En cuanto empezó a crecer se iba siempre al cerro a buscar a su tona. El ocelote y él, subidos en las ramas de los árboles, pasaban gran parte de su existencia acechando alguna presa. Al descubrirla, el ocelote saltaba sobre ella y de un zarpazo la derribaba con sus fuertes uñas; el niño lo ayudaba. Así, entre los dos vencían al gato montés y hasta el puerco espín, y el pequeño siempre llevaba carne fresca a su casa.

Una vez el niño se enfermó. Tenía las manos y los pies hinchados y no podía tenerse en pie. Sus padres llamaron a la curandera, quien le tomó el pulso, pero no encontró en su cuerpecito enfermedad alguna que pudiera provocarle la hinchazón. Cuando se fue para su casa a prepararle un remedio, le salió al encuentro su alma animal, su tona, un correcaminos que siempre le comunicaba quién la necesitaba; pero se decían de la curandera era “magiosa”, pues sabía lo que pasaba a leguas de distancia, y cuando le preguntaban cómo se enteraba de las cosas, siempre contestaba: “Me lo dijo un pajarito”.

Esta vez la avisó que unos campesinos habían atrapado al ocelote. Inmediatamente se fue a encontrarlos camino al cerro y vio cómo dos muchachos lo traían atado de sus patas, colgado de un palo.

Lo creyó muerto, pero luego se dio cuenta de que aún estaba con vida porque agitaba el rabo, quizá por el gusto de verla.

La curandera los convenció para que lo soltaran, les dio unas monedas que llevaba anudadas en un paliacate, y al animalito lo sobó, le dio de beber y lo dejó en libertad. Cuando doña Cecilia regresó a ver al niño, éste ya andaba jugando, nada le dolía, solamente tenía magulladas las minitas y los pies.

En otra ocasión, el niño cayó en un pozo y cuando lo sacaron estaba tan cansado que se quedó dormido.

De pronto se despertó asustado, pues en sueños había visto al ocelote luchando entre las aguas. Corrió en su ayuda y lo encontró a la orilla de los manglares, donde le gustaba zambullirse para atrapar cangrejos; por eso lo llamaban a veces cangrejero. Tenía las patas enredadas en unas raíces y corría peligro de ahogarse, pero el niño lo ayudó a salir del apuro.

Así pasaron el tiempo en medio de aventuras. El ocelote se volvió tan atrevido que cazaba de noche y de día, mientras su hermano, el jaguar, causaba los eclipses cuando se comía al sol.

Un día el niño y su tona perseguían un venado, cuando de pronto una flecha que venía volando por los aires se clavó en el hocico del ocelote.

El niño alcanzó a quitársela y, sin medir el peligro, le cobijó la cabeza con sus brazos para confortarlo.

Asustado ante lo desconocido, el animal se refugió en ellos confiando en la sabiduría y el cariño del niño, pero los cazadores, desde lejos, únicamente vieron las manchas del ocelote y le lanzaron una lluvia de flechas.

Así murieron abrazados el niño tigrillo y su doble, el ocelote.

Era su destino tener la misma suerte.

A doña Cecilia, la curandera, algo le daba en el corazón desde la noche anterior, cuando vio una lechuza rondando su choza y se atemorizó, pues para ella era presagio de muerte. Por eso no se sorprendió cuando el pájaro corre caminos llevó la triste noticia.

Al niño lo enterraron con música a la caída del Sol; de otra manera su alma espiritual hubiera quedado vagando sobre la tierra, buscando su alma animal.

La curandera compró un pedacito de la piel del ocelote y con él adornó un morralito que, con amor, siempre lleva colgado del lomo, en recuerdo del niño. Un morral tan viejo como ella, el único que se ve ya en el pueblo, pues ahora la ley protege a los animales salvajes, especialmente a los ocelotes, que son uno de los tesoros de la selva mexicana.

Corona, P. (2003). *Baulito de cuentos contados por Pascuala Corona* (p.289-295). México: Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Dirección General de Publicaciones/ Norma Ediciones S.A. de C.V.